



# OTRA VIDA POR VIVIR



1

Autor griego, Theodor Kallifatides nació el 12 de marzo de 1938 en Molaoi, Laconia. Cuando tenía 8 años se mudó con su familia a Atenas, donde terminó el instituto y estudió en una escuela de teatro. Emigró a Suecia en 1964 y vive allí desde entonces.

Kallifatides se licenció en Filosofía en la Universidad de Estocolmo, donde ejerció más adelante como profesor.

Su trayectoria literaria cuenta con poemarios, novelas, ensayos de viaje y obras de teatro. El autor también ha escrito guiones cinematográficos y dirigido películas.

Los escritos de Kallifatides suelen versar sobre Grecia y su experiencia como emigrante griego. Sus obras han sido galardonadas en múltiples ocasiones y se han traducido a más de veinte idiomas.



Su biografía es el reflejo de la de aquellos miles de griegos que, como en el caso de otras diásporas (armenios, sicilianos, yugoslavos, turcos...), tuvieron que dejar Grecia para buscar nuevas tierras de promisión.

Libros de Theodor Kallifatides publicados en España :

**Otra vida por vivir.** Año 2019

**El asedio de Troya.** Año 2020

En este recuento perspicaz de La Ilíada, una joven maestra griega recurre al poder duradero del mito para ayudar a sus estudiantes a sobrellevar los terrores de la ocupación nazi. Las bombas caen sobre un pueblo griego durante la Segunda Guerra Mundial, y la maestra lleva a sus alumnos a una cueva para refugiarse. Allí les cuenta sobre otra guerra, cuando los griegos sitiaron a Troya. Día tras día, cuenta cómo los griegos sufren de sed, calor y nostalgia, y cómo se enfrentan los oponentes: ejército contra ejército, hombre contra hombre. Los cascos se cortan, las cabezas vuelan, la sangre fluye. Ahora son otros los que invaden Grecia, el ejército de la Alemania nazi. Pero los horrores son los mismos miles de años después. Theodor Kallifatides proporciona una notable visión psicológica en su versión moderna de La Ilíada, minimizando el papel de los dioses y profundizando en la mentalidad de sus héroes mortales. La epopeya de Homero cobra vida con una urgencia renovada que nos permite experimentar los eventos como si fueran de primera mano, y revela verdades eternas sobre la insensatez de la guerra y lo que significa ser humano.

**Madres e hijos.** Año 2020

A los sesenta y ocho años, Theodor Kallifatides, exiliado en Suecia desde hace más de cuatro décadas, visita a su madre de noventa y dos, que sigue residiendo en Atenas. Ambos saben que puede ser uno de sus últimos encuentros. Durante la semana que pasan juntos, recuerdan lo que ha sido lo más importante en sus vidas con una presencia decisiva del padre, de quien Theodor está leyendo el recuento escrito que este le ha dejado de lo que ha sido su difícil existencia, desde sus orígenes como exiliado griego en Turquía, pasando por sus meses en una prisión de los nazis y su pasión por el oficio de maestro.



Se desvelan así los orígenes de una familia que atraviesa el siglo xx. Pero el libro es sobre todo un maravilloso homenaje al amor de una madre, a la que Kallifatides sabe encarnar en estas páginas de forma inolvidable, a la vez que logra transmitir una verdad universal sobre la importancia de esa figura en nuestras vidas.

## *Grecia. Ruina y supervivencia de un país*

### *El País*

*(Bernardo Díaz)*

3

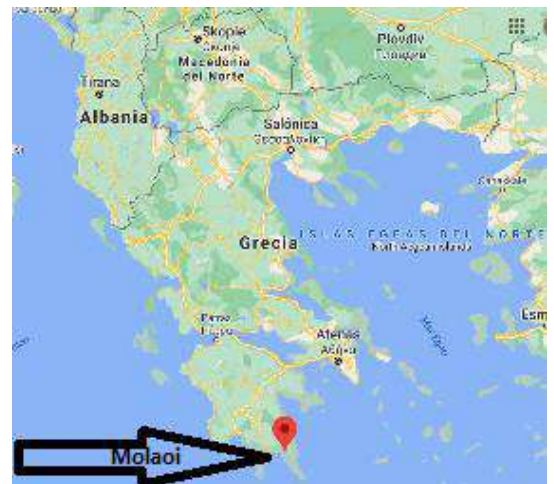


Molaoi-Grecia. Lugar de nacimiento de Kallifatides

Al cumplir 75 años, la agonía de no saber cómo continuar bloqueó al escritor Theodor Kallifatides (Molaoi, Grecia, 1938). El idioma adoptado durante 50 años no servía. Ya no. Llevaba medio siglo escribiendo su obra en un idioma ajeno, el sueco. Y en algún momento todo se vino abajo.

Había que encontrar otro alfabeto desde el que seguir respirando. Había que abrir surco nuevo. Romper y levantar de nuevo.

Vendió el viejo estudio donde escribió una veintena de novelas. El refugio de cada mañana, de casi todas las tardes desde que en 1964 llegó a Suecia. La guarida donde encerrarse a escribir. La vendió porque había que despojarse de todo.





Si ya no había palabras, no tiene sentido mantener el cuarto de jugar. Su editorial sueca le ofrecía adelantos económicos abundantes para que volviese a escribir. Pero no había nada que contar.

La desnudez de no tener a dónde ir, más allá del perímetro de la propia casa, activó un mecanismo inesperado en él: el regreso psíquico a su realidad griega, la nostalgia del mundo original, la ansiedad de recobrarlo.

Theodor Kallifatides quiso regresar por un tiempo, con su mujer, a su pueblo del Peloponeso. Nunca había sentido una urgencia de ese tamaño. Y en 2015 inició un viaje con eco de exorcismo. Aquella experiencia desconcertada tuvo la forma del espanto. Regresar es habitar las sombras. Pero, además, Grecia, estaba devastada en ese año. La crisis económica y los sucesivos (y feroces) rescates financieros habían desecado cualquier estímulo, cualquier opción de futuro, cualquier demanda de normalidad. La realidad de entonces le dio una clave precisa: **si volviese a escribir sólo podría ser en griego**. Y de ahí viene *Otra vida por vivir* (Galaxia Gutenberg). Un pequeño tratado de intimidad.

Poco más de 150 páginas de una prosa desnuda y vibrante, dotada de una fibrosa humanidad, casi frágil, reveladora y hermosa en la rabia contra el escenario arrasado de un país que es (fue) el suyo. Pasear por Atenas certificaba una brutalidad evidente. «Nunca había visto mi ciudad así. La pobreza era una vieja compañera, pero aquella indigencia no. Había visto las barracas de los refugiados del Ponto y de Asia Menor en barrios como el Polígono e Ilísia. Pobreza, sí, pero todo limpio y bien cuidado... Por primera vez no me sentía cómodo caminando solo por la noche en Atenas. Eso era la humillación más grande, el destierro definitivo. Tener miedo de los demás, y que los demás tengan miedo de ti. Hemos dejado de ser individuos aislados para convertirnos en tribus. Por un lado, nosotros; por el otro, los extranjeros».

Europa quería su dinero y Theodor Kallifatides, más de medio siglo en Suecia, experimentaba una manera diferente de ser griego. Muy distinta a aquel día en que dejó Atenas empujado por su padre: «Este no es lugar para ti. Si quieres ser escritor, sal, vete, viaja». Esa noche no pudo dormir.



## -¿Se considera un exiliado?

-No, solo soy un inmigrante. Un extranjero más fuera de su país. Un hombre que escribe y que, al regresar a su patria, ha sentido una nueva herida.

Una nítida indignación le recorre los gestos, que de lentos pasan a fuertes. Nunca rápidos, pero sí más secos. Este libro que hizo de un solo galope es una manera de restituir una identidad atravesada por una tradición que ha visto vapuleada. «En ese viaje a Grecia sucedió algo extraordinario. Quizá el punto de partida de todas las emociones que se juntaron. Paseando por mi pueblo escuché a unos niños leyendo fragmentos de obras de Esquilo como una de sus actividades escolares. Escuchar sus voces, y en griego, activó mi memoria». Theodor Kallifatides comprendió que para volver a escribir necesitaba el idioma que aprendió de sus padres, el de los primeros amigos, el de los sueños, el de los poemas de la adolescencia.

«Lo único griego que no había cambiado en mí había sido el idioma. Él es mi corazón». Esto no lo puede entender quien no ha vivido fuera de su tierra el tiempo suficiente como para necesitar reapropiarse de sus propias credenciales. Pero la vuelta no sólo fue la recuperación de un fuego originario, sino que partió en dos, de algún modo, la vejez de Kallifatides. A los 81 años no ha ganado escepticismo, pero sí una conciencia renovada al asomarse al fondo de su pasado. «Caminando por Atenas y por el interior del Peloponeso observé a la gente de mi edad, intenté comprender sus realidades. Y hubo en ese ejercicio algo desolador: Europa ha hecho de la vejez una enfermedad. El viejo ya no es un ciudadano más. Eso es brutal».

Delgado, alto, con los surcos de la edad en el rostro noble, nada indica que este hombre aloje un gramo de cansancio. Y, sin embargo, en los ojos medianos y gentiles asoma un cierto desengaño. «Muchos olvidan que ser libre es un privilegio de la edad. Y *Otra vida por vivir* es parte de ese privilegio».



## - Ser libre, dice...

- Albert Camus nos advirti3 que la libertad se construye desde la bondad, y eso es lo que hoy no tenemos. En Lesbos vi a centenares de griegos desbordados por las oleadas de inmigrantes volcados en ayudar, abriendo sus casas a los que llegaban a las costas. Entonces comprendí que solo la gente pobre se vuelca en verdad en la ayuda de sus semejantes, pues ellos conocen bien la intemperie.

En los últimos dos años, Kallifatides volvió a escribir. Se dio carta blanca en su idioma y puso en pie otra novela, *El asedio de Troya*, publicada en España Galaxia Gutenberg. Recuperó el habla, y en esa reapropiación volvió a huronear en los pliegues de la memoria. Ahora trabaja en un volumen sobre sus años de juventud, cuando salió de su país en los años 70 y la vida adquirió modales de vértigo. Lo titulará *El extranjero y el amor*. «Como verá, buscar en lo más hondo de mí, en el origen de mi lenguaje, me llevó a un nuevo comienzo».

En *Otra vida por vivir*, un hombre va despejando demonios y se siente ante la realidad como si acabara de nacer. No por metamorfosis, sino por auxilio. Sólo había que dejar que los ojos descifrasen hacia dentro y hacia afuera. Y que las palabras encontrasen su sitio, sin demasiada estrategia, sin dejarse vencer por emociones irremediables.

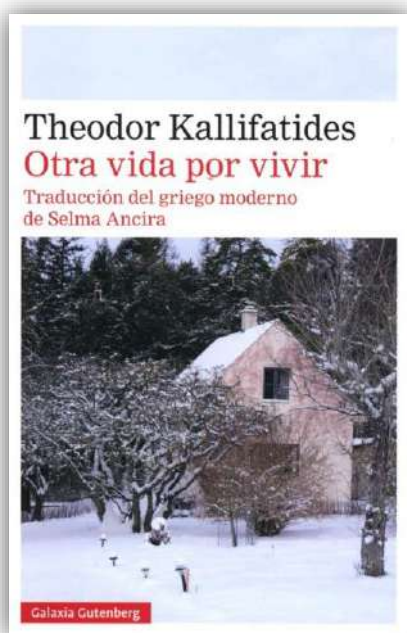
Así fueron tomando cuerpo estas páginas, con unas cuantas preguntas suspendidas a lo largo del viaje: ¿qué sucederá ahora conmigo? ¿Qué va a pasar con esta gente?

[EL PAÍS](#)



## Como si fuera el último libro

*A sus 81 años, Theodor Kallifatides ha recuperado en la Grecia devastada por la crisis la necesidad de la escritura*



Es verdad esta vez: quien toca este libro toca a un hombre. Pura fibra. El escritor se queda sin palabras, el teclado mudo. Es griego de la diáspora, desde 1964 vive en Suecia y en el idioma sueco. Y de pronto el silencio cae sobre Theodor Kallifatides, de 81 años. En su tierra natal resuenan secas la humillación y la pobreza. La Suecia socialdemócrata que lo acogió se enreda “en los tentáculos del comercio”. Su literatura, celebrada por miles, lo aguarda en un departamento que cae sobre él como una memoria sorda. Antes, donde se encontrara, lo hallaba el trabajo, la fertilidad era rutina. Su vida y su alma iban juntas al encuentro de la escritura.

La crisis del mundo, la pobreza que desde 2008 corroe la espina dorsal de su país natal y de su tierra adoptiva le paralizan, pues, el lenguaje mismo. Deja el estudio, vuelve a la casa, pero con él no conviven ya las ideas o las metáforas. Kallifatides no existe. “Lo malo era que yo no tenía idea de qué era lo que me impedía escribir”, dice. La editorial sueca le ofrecía “copiosos anticipos” para que escribiera lo que quisiera. Pero no había escritura. De pronto, regresó a Grecia. Atenas. “Nunca antes había visto mi ciudad así. La pobreza era una vieja compañera, pero aquella indigencia, no”. “Los griegos con su orgullo” (como decía la madre), pero esta devastación era una peste que ensangrentaba las plazas. “Me volví griego de nuevo”. El espanto le abrió los ojos, y el alma.

Al teléfono desde Suecia y luego por correo electrónico, Kallifatides suena rabiosamente humano, como en *Otra vida por vivir* (Galaxia Gutenberg, traducción del griego moderno de Selma Ancira). Austero, esencial: quien habla es el mismo hombre que escribe estas 133 páginas intensas como la carta de un moribundo que regresa a la vida, y a la escritura, gracias al idioma. A las palabras. Su abuela decía: “Las palabras no tienen huesos, pero los rompen”.



La visión de Grecia, aquella devastación, lo puso a escribir de nuevo, a restaurar la voz y los huesos. “Sentí”, dice, “que había venido a casa, pero la casa no eran las circunstancias físicas, sino la lengua materna. Su potencia, su suavidad, su dulzura estaban en mi sangre, eran mi sangre. Fue un maravilloso sentimiento de seguridad: mientras dispusiera de mi lengua estaría vivo y sería un ser humano”. El libro es la expresión de ese redescubrimiento: un hombre escribiendo lo que ve, una tragedia griega contada con la música que le enseñó su abuela. Los huesos otra vez en su sitio.

Él ama el sueco y ha escrito casi todos sus libros en ese idioma, pero sintió siempre “que algo faltaba, que algo permanecía sin ser dicho”. “Y escribí este libro como si fuera a ser el último de mi vida”. Un testamento de amor por la lengua, que es como decir la misma tierra. El griego como suelo y como aire. “Aquellas palabras (así acaba el libro) salvaron en mí lo que pudieron haber salvado. ¿Qué importancia tenía en qué rincón del mundo viviera?”. Era el primer libro en griego en medio siglo: la infancia era la patria que volvía en la lengua sin cuya potencia o dulzura se había quedado mudo meses atrás.

No fue el fulgor oscuro de los dramas, o no lo fue tan solo, ni el redescubrimiento de su familia o de sus barrios, sino el resplandor de una lengua que aún tiene la sal y el espíritu de los cantos de Homero. Se preguntó, en la conversación que tuvimos luego por *e-mail*: “Me sentí libre y confortable, y al tiempo un poco triste. ¿Sería capaz de seguir escribiendo o fue el final? Bueno, no es el fin. En esencia, fue un nuevo comienzo”.

“La escritura es como un manantial”, escribe Kallifatides. “Los años pasan y mi sombra no hace sino alargarse”. Mientras va rememorando las frustraciones que acompañan su silencio señala algo que relató Philip Roth: “Uno no puede escribir cuando los recuerdos lo abandonan”. Ese era para él el problema. En un momento, en su pueblo natal, grita como si acabara de nacer. En el homenaje que le ofrecen suena Esquilo. “Aquella lengua era mi lengua”. Iba a escribir “en un idioma que durante 50 años no había utilizado para la literatura”. Abrió el ordenador: *El año pasado, en invierno, unos cuantos días antes de Navidad, me invitaron...* “No escribía. Hablaba. Una palabra se unía a la siguiente como si fueran hermanas gemelas. No





tenía miedo de cometer errores, aunque sabía que los cometería. Era mi idioma. Era mi idioma. No me sentí cohibido, no tenía necesidad de impostar la voz”.

Unos chicos, recitando a Esquilo, lo habían devuelto a su tierra, a su lengua. Le devolvieron la vida. Lean esta prosa: es un poema y es un hombre.

[Como si fuera el último libro](#)

9

*Theodor Kallifatides: “La solidaridad será más potente que la división”*

*El escritor sueco-griego, conocido en España a raíz de su libro 'Otra vida por vivir', reflexiona sobre el trato a los mayores durante la pandemia, el racismo o el auge de la extrema derecha*

---

Theodor Kallifatides (Molai, Grecia, 1938) tiene en su memoria un recuerdo vivo que lo hizo escritor y, sin duda, también el europeo que lleva en su corazón, habitado por dos países, aquel en el que nació y Suecia, adonde lo llevó el exilio hace más de cincuenta años. En ese exilio se hizo escritor de dos lenguas, y un día sintió que no solo perdía la de su nacimiento sino incluso aquella a la que abrazó en la juventud. Perdió, en definitiva, la voz de la escritura, como si se le hubiera atravesado una bala de aquella guerra que él vio cuando, de niño, a los cinco años, fue obligado a presenciar en su pueblo el ajusticiamiento de un ciudadano que había hecho burla del jefe nazi. Kallifatides contó con lápiz aquella imagen, se la entregó a su padre. Fue lo primero que marcó su vida. *Otra vida por vivir* (Galaxia), donde relata el reencuentro con la música sentimental de su primera lengua, fue, en 2019, el factor de su descubrimiento en España. Ahora nos habló por Skype desde Estocolmo sobre este momento del mundo.

**PREGUNTA.** ¿Cómo ha visto Europa en este tiempo que compartimos?

**RESPUESTA.** En general, mucha solidaridad, pero persiste cierta rivalidad para ver cuál tiene más éxito en derrotar al coronavirus. Y eso no me gusta, el virus es el enemigo común. Lo mejor que podemos hacer es aprender los unos de los otros e



intentar ayudarnos mutuamente. Creo que es importante que las conexiones entre los países sean más fáciles y no sea tan difícil viajar de un país a otro.

Naturalmente, habrá algunas medidas para eso. Pero no creo que el aislamiento ayude a ningún país en esta situación.

Persiste cierta rivalidad para ver qué país tiene más éxito en derrotar al coronavirus. Y eso no me gusta.

**P.** Europa sabe de insolidaridad, de cuando Hitler.

**R.** Espero que no cometamos los mismos errores otra vez. En periodos de crisis los movimientos extremistas ganarán algo de terreno. Siempre sucede. El propio Hitler fue la consecuencia de una larga crisis de Alemania. Incluso esta crisis ya ha dado lugar a algunas medidas extremas y a demostraciones muy fuertes de nuestra insolidaridad. Ahora hay



algo que no había antes, la Unión Europea, y eso supone una gran diferencia. Por tanto, esta vez estoy más seguro de que derrotaremos a este enemigo. Cada vez más países aceptarán el camino común de la solidaridad en vez de la división.

**P.** Usted es un inmigrante. Uno de los extremos en Europa ahora no quiere que los inmigrantes estén en sus países. La extrema derecha estaba casi aislada, pero ahora gana fuerza.

**R.** Es verdad. Pero, en cierta manera, es por el miedo y la desinformación. Soy consciente de que en Suecia hay aproximadamente un 20% de personas que ahora votarían por el partido de extrema derecha, y en Polonia, en Hungría. El otro día vi un programa de televisión sobre España, y decían cosas terribles. Pero después de todo, no son mayoría. La mayoría, digamos, de manera optimista, que el 50% de la gente, y aproximadamente un 20% de partidos ecologistas o de partidos liberales hablan más



o menos entre ellos. Si este movimiento tiene un 20%, el resto de los partidos siguen representando a un 80% de la gente.

Estoy seguro de que no se impondrán. También tenemos ahora la experiencia de Hitler. En aquel entonces no tenían esa experiencia. No sabían qué iba a suceder. Pero nosotros sí. Tenemos que parar a la extrema derecha. Y estoy seguro de que lo haremos.

**P.** ¿Cómo podemos combatirlo, cuando el racismo es la otra parte de ese extremismo?

**R.** No tenemos un medio especial para eso, salvo la información, escribir, hablar, dar conferencias, ir a entrevistas, votar. No podemos oponernos con armas al movimiento que mantiene posturas poco razonables, sino que podemos hablar y podemos intentar convencer. Igual que lo hicimos antes, tenemos que unir nuestras fuerzas. Y estoy seguro de que, si lo hacemos, si los partidos liberales, los partidos socialdemócratas y los partidos de izquierdas se unen, los movimientos de extrema derecha no tendrán ninguna posibilidad.

**P.** ¿Cuál es la situación en ese extremo en Suecia?

**R.** En este preciso momento no hay inmigración en Suecia, y por supuesto, no resulta sorprendente. Pero los movimientos de extrema derecha llegan al 20% de la población, que es mucho. En épocas como esta el mejor cabeza de turco para la mayoría son los inmigrantes, los refugiados o los inmigrantes económicos. Y también es el caso de Suecia. Sin embargo, Suecia ha recibido muchos refugiados en los últimos cinco años. Estoy seguro de que se permitirá a la gente venir aquí después de que todo esto acabe algún día, no sé exactamente cuándo. Estoy seguro de que la política de inmigración sueca no cambiará radicalmente.

**P.** Ha vivido su confinamiento en Suecia, con su familia. ¿Qué ha sentido?

**R.** Las restricciones en nuestra vida personal, en nuestra vida familiar, no han sido tan grandes como en algunos otros países. Por ejemplo, la policía nunca tuvo que darnos permiso para salir de nuestras casas, y a los niños les enseñaron en el colegio



cómo comportarse con los miembros mayores de su familia. Evitamos libremente las situaciones peligrosas lo máximo posible.

Las recomendaciones son como leyes en Suecia. Por supuesto que se cometieron errores, y algunas situaciones en la sanidad general y en otros ámbitos, en el cuidado de las personas mayores, tuvieron consecuencias muy graves. También es poco realista pensar que pasara algo así y que nadie muriera en el país. Hay que vivir con eso. Si vas a la guerra, algunas personas morirán. Y eso es lo que pasa ahora. No me gusta. Todo es muy trágico, pero es así.

**P.** Suecia empezó la lucha contra la pandemia con buen pie, pero parece que es más dramático que al principio.

**R.** Hay muchas víctimas, principalmente entre las personas de más edad en residencias. La nueva gestión económica sueca había abandonado estas residencias desde hacía 40 años, y tenían un personal no muy competente. Era como una especie de trabajo de verano para estudiantes que pasaban allí dos o tres meses, y luego hacían algo diferente. Cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba, la gente mayor en estas residencias ya estaba contagiada. Y el precio ha sido muy, muy alto. Casi el 80% o más de la gente que ha muerto entra dentro de esta categoría. Eran personas que ya estaban muy enfermas.

**P.** Quizás este aspecto dramático de la pandemia es una metáfora de nuestra época. No existe una manera en el mundo de respetar a los mayores.

**R.** El consumismo y el crecimiento extremo llevan a la conclusión de que ya no eres útil para esos medios, para el consumo y la producción, y entonces, ya no eres necesario para nadie y también puedes morir. Eso es lo que el sistema económico moderno, más o menos en toda Europa, le dice a los ciudadanos: “Ya no eres necesario”. Eres necesario hasta que tienes 65 años o, en algunos países, incluso hasta los 67 años. Pero luego, ya está. No eres útil, y vas a un lugar donde se supone que morirás tarde o temprano.



**P.** Eso es tan terrible como el racismo.

**R.** Cuando mi padre y mi madre murieron hace unos años, su situación no era mejor. Habían dejado su vida atrás, y las condiciones generales eran, diría, muy perturbadoras, con mucha gente corriendo alrededor, chillando, fumando, y en medio de todas las personas, algunos hombres y mujeres estaban muriéndose. No me gustaba mucho eso. Ahora, la actitud en Suecia, en general, es que las personas mayores permanezcan en sus casas y sean atendidas por personas que vayan a sus domicilios. Pero hasta ahora no había este tipo de personal para cuidar a una persona mayor. Es un trabajo muy difícil. Y hemos dejado ese trabajo en manos de personas jóvenes sin formación, con salarios y horarios pésimos. Este es el resultado.

**P.** Para nosotros Suecia siempre ha sido la perfección, especialmente en los cuidados sociales. Es una sorpresa ver en la televisión que allí la pobreza está vigente.

**R.** Por supuesto que lo está, porque, como he dicho antes, en los últimos 30 años, la principal política económica de casi todos los Gobiernos ha sido recortar los gastos del Estado y bajar los impuestos. Empezamos a vender hospitales, residencias de ancianos, colegios, comunicaciones públicas, etcétera. Existía la idea de que sería mejor, pero nada ha mejorado. No surge de la nada, son 30 años de un mal uso del sistema económico en Suecia. Treinta años.

**P.** ¿Podemos suponer entonces que el asesinato de Olof Palme fue el final de una determinada Suecia?

**R.** Olof Palme es un caso muy diferente, porque no era solo un político, sino que era, al mismo tiempo, un tipo de intelectual, y suponía una gran diferencia. No digo que nadie piense hoy en día, sino que piensa a muy corto plazo. Nadie pudo ver las consecuencias de las políticas, nadie vio lo que significaba bajar los impuestos y vender las propiedades públicas a personas que nos están convirtiendo en clientes del negocio. La sanidad pública es un negocio, la escuela pública es un negocio, las personas mayores son un mal negocio...



## *Theodor Kallifatides, meditaciones sobre cómo vivir el tiempo que nos queda*

*Emma Rodríguez © 2019*

---

“Yo no tenía tiempo de adaptarme. Envejecía en un mundo que me parecía cada vez más ajeno. La nueva realidad moral me ofendía personalmente. Todo se compraba y todo se vendía. Ah, no. Esa vulgaridad no me representaba”. Quien lo dice es Theodor Kallifatides (**Grecia, 1938**). Acabamos de descubrirlo a través de su obra **Otra vida por vivir...** Efectivamente, se trata de un libro “tesoro”, capaz de acercarnos a lo esencial, de enriquecernos..

Hay una sencillez y una hondura que conmueven. Estamos ante un testimonio literario que parte de una situación de despojamiento, de encuentro con verdades determinantes. Se indaga en **la relación con el lenguaje**, con las palabras, en la necesidad de la escritura para sobrevivir...

Nuestro hombre parte de una situación de bloqueo, de vacío. Tiene setenta y tantos años y la inspiración no le llega. Él, que ha escrito novelas que le han deparado éxito de crítica y de público, se enfrenta a la página en blanco y a partir de ahí empieza a reflexionar sobre su trayecto vital, sobre las decisiones que ha tomado: su marcha de Grecia por cuestiones políticas; la adopción de una lengua y de una cultura ajenas. Empieza entonces a experimentar la urgencia por recuperar sus raíces. El bloqueo creativo le conduce a un proceso de búsqueda, al planteamiento de preguntas trascendentes, al repaso de lo vivido para llegar a comprender, a comprenderse.

A Theodor Kallifatides el bloqueo creativo le conduce a un proceso de búsqueda, al planteamiento de preguntas trascendentes, al repaso de lo vivido para llegar a comprender, a comprenderse.

Él es el centro de un relato que se sitúa en una realidad cambiante, en un presente en el que todos nos reconocemos, en un tiempo donde palabras como **honestidad y**



**dignidad** han dejado de tener sentido. Theodor Kallifatides se siente incómodo en una sociedad que ha ido perdiendo el sentido de comunidad, de solidaridad. Y nos sentimos **cómplices de esa incomodidad que tan bien refleja**, de esa impotencia ante el discurrir vertiginoso de los acontecimientos, en esa incomprensión y perplejidad ante lo que está pasando, ante lo que nos está pasando.

Desde las primeras páginas nos sentimos cautivados por una narración que va tirando del hilo de la memoria y de la meditación. El escritor consigue interesarnos, conmovernos, aproximarnos a sus vivencias a través de un tono sobrio, evocador, poético; por medio de medidos toques de ternura, de humor, a través de **grandes destellos de lucidez y de empatía**. La corriente de indagación, de exploración que le mueve, nos arrastra también como lectores. Y lo seguimos complacidos y cómplices de sus descubrimientos. Hay una cierta rabia, pero no rendición en la voz del hombre de avanzada edad que cuestiona el trayecto realizado. Hay energía renovada, curiosidad innata y hallazgo.

15



03/11/2015.- Refugiados sirios llegan a la Isla griega de Lesbos. REUTERS

En *Otra vida por vivir*, el autor griego parte de sí mismo, pero consigue retratarnos como sociedad. Sus experiencias personales trascienden el espacio particular y nos aproximan a grandes temas que definen nuestro tiempo: **el conflicto de los desplazados**, los males del capitalismo salvaje, la sensación de incertidumbre y

de transformación constante a la que estamos sometidos. He ahí uno de los grandes méritos de la entrega.



“La emigración es una especie de suicidio parcial. No mueres, pero muchas cosas mueren dentro de ti. Entre otras, tu lengua”, escribe, manifestando sentirse más orgulloso de no haber perdido el griego, tras vivir cincuenta y cinco años en Suecia, que de haber aprendido el sueco con tal destreza que le permitió levantar con sus herramientas su obra literaria. “Lo segundo”, señala, “fue obra de la necesidad, pero lo primero es un acto de amor. **Una victoria contra el olvido y la indiferencia**”.

Nuestro hombre se sitúa en el presente y mira hacia atrás. El recuerdo y la reconciliación con sus orígenes es lo que le permite tomar impulso para seguir adelante. Sus problemas, la resolución de los mismos, no le impiden olvidarse de los conflictos ajenos, del rumbo caótico del mundo. No es desde la lejanía, desde una torre de marfil, donde elige situarse, sino en **un mirador con vistas al mundo**, cerca del torbellino, contemplando el desastre y adoptando una actitud crítica.



La escritura le permite llegar a los demás, tal vez agitar las conciencias de sus lectores. Su posición de extranjero le lleva a empatizar con los otros y a contemplar con tristeza el devenir de **una Europa que da la espalda a los desfavorecidos**, que se atrinchera en sus privilegios.

En un momento dado se pregunta qué opinarían los primeros socialdemócratas suecos de “el tema que dividía a la sociedad en dos”, los refugiados, un conflicto que distanciaba a las personas en dos grupos: el de quienes no querían saber nada de los





que llegaban huyendo de guerras y pobreza y el de quienes opinaban que el derecho de asilo debía ser respetado sin restricciones. El autor, pese a ser consciente de las dificultades de las autoridades para encontrar soluciones a las entradas masivas, se posiciona con los segundos. **“Los derechos humanos no son algo que se pueda modificar a voluntad”**, opina, convencido de que en un futuro los extranjeros serán la solución al problema demográfico de las poblaciones envejecidas en los países del Primer Mundo.

En este y otros temas de candente actualidad el escritor ha expresado públicamente sus opiniones, situándose muchas veces en el centro de la polémica, no siempre del lado de las opiniones mayoritarias. En el libro que nos ocupa, a través de sus tomas de postura, el autor va trazando **el mapa de un presente lleno de grietas y contradicciones** en el que cada vez resulta más complicado mantener la firmeza en el criterio propio, ajenos a prejuicios y engañosos relatos institucionales y mediáticos. El escritor forma parte del mundo. Su bienestar, su felicidad, dependen en gran medida de lo que está sucediendo.

[La policía Macedonia carga contra los refugiados](#)



Enlace a vídeo

*“Mi problema”, nos dice, “no era solo con la escritura, era también con la sociedad que me rodeaba. No soportaba ver a Suecia dejar de ser un país de justicia social y solidaridad, para enredarse en los tentáculos del comercio. **La educación se privatizaba**, la salud y la asistencia médica también. Los maestros y los médicos se convertían en empresarios, los alumnos y los enfermos en clientes. Esos dramáticos cambios sucedían con tanta celeridad que ni siquiera llegaban a volverse historia...*

*Y más adelante reflexiona: “Día a día la sociedad cambiaba. Yo solía conversar con los jóvenes, muchachos y muchachas. La mayoría se exasperaba con el materialismo, la buena vida y el tedio de las sociedad. Estaban en busca de una ideología, de una salida, pero no la encontraban. La tradicional izquierda no les atraía. Los ecologistas los habían desilusionado. La socialdemocracia era para la gente de edad media y los jubilados. Ya no quedaban sino diversos matices de la derecha, desde los blancos en **Finlandia** hasta los fanáticos del **Estado Islámico...**”*



## El fin del sueño socialdemócrata en Suecia

Enlace a un artículo sobre la realidad sueca del momento

A través de su testimonio tan íntimo, Theodor Kallifatides consigue abarcar un sentimiento de perplejidad, **una soterrada indignación colectiva**. La pena, no exenta de rabia del autor, va en aumento cuando piensa en su país de origen, en Grecia. “Yo no era solo un inmigrante, era un griego. Mi país no atravesaba por su momento más glorioso. La deuda pública había alcanzado niveles astronómicos. Europa entera nos vilipendiaba. Éramos haraganes, ladrones, pensionistas de nacimiento”, escribe.

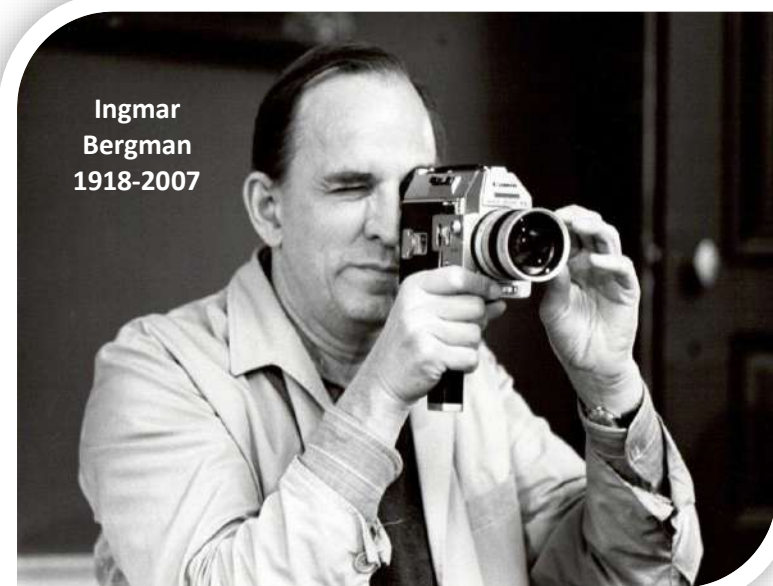
“En 2015”, seguimos leyéndolo, “me hacía falta toda la fuerza interna que pudiera haber en mí para aguantar **la vergüenza de que Grecia fuese humillada** cotidianamente por todos (...) Europa calculaba cuánto le debíamos, mientras en **el Egeo** los refugiados arriesgaban sus vidas día tras día. Los había visto con mis propios ojos en Symi, adonde había ido aquella primavera por trabajo...”

Conmueve Kallifatides. Su relato toca nuestras fibras sensibles. Sus propias circunstancias, su sensación de pérdida, transcurren en paralelo a la deriva de un presente de zozobra, de mutación. En su vejez nuestro protagonista atraviesa una crisis personal que se acopla a la crisis del mundo, a **un cambio de época** que afecta a la cultura, a los usos y costumbres, a los valores, y cuyas consecuencias aún son imprevisibles. En *Otra vida por vivir* asistimos a un proceso de búsqueda y de transformación del autor. La edad no es un obstáculo para asumir el crecimiento, la evolución, el aprendizaje constante de la existencia. Cargar con años y experiencias a la espalda, lo que sí añade es **intensidad y sabiduría**. De ahí que este libro resulte altamente enriquecedor en estos tiempos de inmediatez. De ahí que nos aporte tanto.



En la senda de exploración, de diálogo consigo mismo que emprende, el escritor accede a la raíz, a la esencialidad. Antes de tomar la decisión de viajar a Grecia, de abandonar el **estudio de Estocolmo**, donde trabaja y del que las musas han huido, le vemos conversando con su compañera de vida acerca de los hijos, de los nietos... Cuando llega el verano, la pareja emprende la marcha hacia la **casa de campo en Gotland**, lugar de recreo y de meditación. Hay pasajes muy reveladores durante esas estancias o cuando el autor emprende **largas caminatas**, sumergido en sus pensamientos. La sensación de pérdida, la muerte, el legado recibido de los antepasados, la transmisión de enseñanzas a los herederos... Todo eso entra en el relato. *“La vida termina y al mismo tiempo sigue. No en el cielo o en la isla de los Bienaventurados, sino en las consecuencias de nuestras acciones”*, reflexiona.

Y en otro momento, de entre los más sublimes de la entrega, medita: *“Nuestra vida no es un sueño, sino una sombra fugaz **entre el tiempo y la luz**. La muerte no te privará de nada. Has probado ya todos los placeres. Has visto a tu mujer parir a tus hijos. A tu hijo convertirse en un hombre y a tu hija en una mujer. Has visto el cerezo de tu jardín crecer, a las olas del mar pulir los cantos, a las serpientes enredarse una al lado de la otra. ¿Qué más puede ofrecerte ya este mundo? Bebe tu vino, date la bendición y cierra los ojos. Y si mueres esta noche, nada cambiará ni nada perderás”*.



Ingmar  
Bergman  
1918-2007

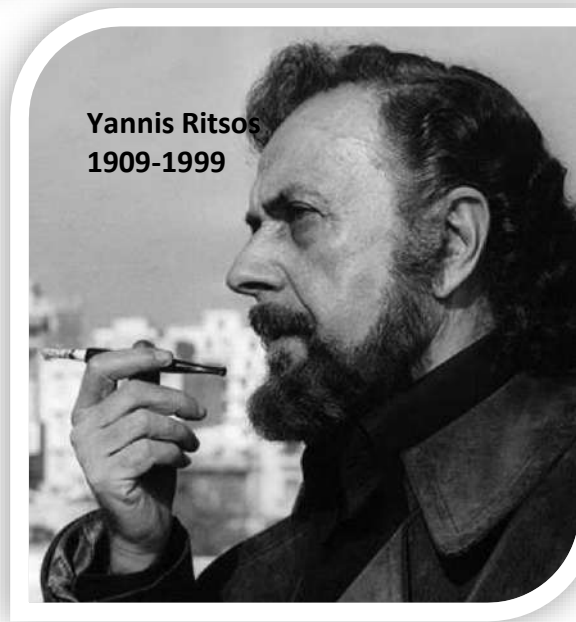
Los días discurren, el tiempo avanza, los recuerdos emergen. Hay páginas maravillosas sobre los amigos griegos que conserva en Suecia, sobre un taller de arreglo de coches que durante la dictadura se convirtió en un auténtico centro de reunión y de resistencia.

20

Hay perfiles magistrales de personas queridas y de personajes célebres como el director **Ingmar Bergman** y el poeta griego **Yannis Ritsos**, a quien visita, poco después de la caída de la **dictadura griega**. A ambos los conoció en diferentes etapas; de ambos extrajo lecciones que le ayudan cuando atraviesa un nuevo y trascendental trecho en su vida.

Es en el viaje a Grecia, al aceptar una invitación que le hace un grupo de maestros que han decidido poner su nombre a una escuela, donde Kallifatides acaba encontrando la salida, la superación, la salvación.

La vuelta a su infancia, a sus años de formación, a su lengua y a su cultura, se convierte en la medicina, en el nutriente que buscaba.



Yannis Ritsos  
1909-1999



*“A mis veinticinco años, cuando me pregunté cómo viviría mi vida, la respuesta fue “yéndome”. A los setenta y siete la pregunta volvió. ¿Cómo viviría la vida que me quedaba? Y la respuesta era, cada vez con más frecuencia, “volviendo”.*

Su padre había sido maestro en **Molaoi**, en la región del **Peloponeso**, y es ahí hacia donde encamina sus pasos, hacia ese pueblo donde ya hay una calle, que solo conocía por fotografías, que rinde homenaje a su figura de escritor. Ha viajado en compañía de su esposa, **Gunilla**, y antes han pasado por **Atenas**, por la casa familiar. Son inolvidables muchas de las escenas que se narran en esta segunda parte del libro. Kallifatides recupera el pasado, experimenta, como tantos que se han ido, que su ciudad, su país, ya no tiene nada que ver con el que dejó y sigue lamentando la humillación, la pobreza que se encuentra, pero aún así hay detalles, modos de ser y de actuar, en los que se reconoce, en los que se recobra. *“Grecia ha dejado de ser un país para convertirse en un centro turístico (...) Grecia había cambiado sin preguntarme...”*, señala.

El bloqueo creativo fue el detonante de todo ese proceso de búsqueda, de reencuentro. El bloqueo desaparece cuando el autor emprende esta aventura hacia atrás y decide recuperar su lengua y escribir en griego, con **los ritmos y los matices del griego**.

De la estancia en Grecia, contada desde la emotividad, la sencillez y la profundidad, se pueden resaltar dos momentos esenciales. Uno es el relato de una visita a la ciudad de Mistrá, sobre el monte Taigeto. El escritor y su mujer se encuentran en el recorrido con un perro que les ladra y con su dueño. El hombre viste con ropa vieja y remendada, pero enseguida les ofrece unos higos que corta de una higuera. *“Ese gesto me era tan familiar, que por primera vez durante el viaje algo se despertó en mí (...) Al extranjero siempre se le ofrece alguna cosa. Unos higos, un vaso de agua, un racimo de uvas, algo que lo refresque. Se me ocurrió pensar que eso era la dulzura de la vida de Grecia. Una mano que da. De persona a persona. De extranjero a extranjero”*, escribe Kallifatides.



El segundo tiene que ver con el acto en el colegio que lleva su nombre, con la función de los estudiantes, una representación de Esquilo. *“Me entregué a las voces de los chicos, a las palabras de Esquilo y mi alma se llenó de orgullo. ¿Dónde más en el mundo jóvenes alumnos representaban a Esquilo? ¿Dónde más?”*, se pregunta el autor. En ese momento, nos hace saber, fue como si su vida se reanudara. *“Las palabras de Esquilo caían en mí como lluvia refrescante en tierra seca”*, nos dice. En páginas posteriores le vemos encendiendo su ordenador, cambiando del idioma sueco al griego, con el corazón palpitante. *“Desde la primera palabra sentí cierta dulzura, como si hubiera comido miel. Dulzura y alivio”*.

22

**Aquí abajo os dejo un enlace a un artículo muy interesante publicado en la revista de economía de la UNAM por si queréis saber algo más sobre las causas que llevó a Grecia a una quiebra total.**

[Grecia 2015. Un crónica](#)

Otras obras de Kallifatides en las Bibliotecas de Oleiros :

